

MONASTERIO DE SAN SÉRIDO

SAN BARSANUFO Y JUAN EL PROFETA ¹

El monasterio de san Sérido, así llamado por creerse que este santo fué su fundador, se hallaba situado cerca de Gaza en la Palestina, y fué habitado por religiosos de virtud consumada, entre otros por san Barsanufu, por su discípulo Juán, llamado el profeta, y por san Doroteo, que tuvo á Juán por su padre espiritual, así como él lo fué á su vez san Dositeo. Nada de particular sabemos de san Sérido; pero los religiosos que educó en la vida monástica, y que con tanta perfección cumplieron sus deberes religiosos, forman el mejor de sus elogios. Evagrio, en su *Historia eclesiástica*, habla también de san Barsanufu.

« En aquel tiempo había hombres enteramente divinos que obraban maravillas extraordinarias, y cuya reputación se extendía por todas partes. San Barsanufu brilló entonces con admirable claridad. Nacido en Egipto, se retiró á un monasterio situado en las inmediaciones de la ciudad de Gaza, en donde vivía cual si no tuviese cuerpo: pues pasó cincuenta años sin ver á persona alguna, ni tomar ninguna clase de alimento, y obrando multitud de milagros. El patriarca de Jerusalem, llamado Sallustro ², no pudiendo creer lo que se le decía, quiso verle, y mandó que se hiciese un agujero en la muralla de su celda; pero al

¹ San Doroteo, por los Bolandistas.

² En la *Biblioteca de los Padres*, edición de Lión, se llama Eustaquio en lugar de Sallustro; pero hemos seguido la opinión de los Bolandistas.

« intentarlo, salió una llama que estuvo á punto de abrasar á los que le acompañaban. »

Esto es sólomente lo que sabemos de la vida de este Santo, y preciso es que fuese muy grande su reputación, pues que se colocó su imágen en la gran iglesia de Constantinopla al lado de las de san Antonio y san Efrem. Créese que vivió cien años, ó mas, y la Iglesia celebra su memoria el 11 de Abril.

Juán fué discípulo suyo, y se le dá el nombre de profeta, porque tuvo la gracia especial de predecir muchas cosas futuras. Pero más notable que esto es su eminente piedad. San Doroteo le cita algunas veces en sus instrucciones, y dice, que, hallándose un día apenado por no tener nada que sufrir, le propuso su dificultad en estos términos: « Padre mio, nos enseña la sagrada Escritura que no se entra en el reino de los cielos sino por medio de los trabajos y tribulaciones, y como quiera que yo no tengo nada que sufrir, ni aun me veo atormentado por ninguna tentación, deseo saber que he de hacer para que no se pierda mi alma. A lo cual respondió: No te aflijas, hijo mio, por no tener nada que sufrir, pues todos aquellos que se entregan á la obediencia de sus superiores, viven sin inquietud, y gozarán de un verdadero y eterno reposo ».

En otra ocasión vino el Santo á manifestarle una sospecha que tenía de una persona, y le dijo: Y ¿qué, hijo mio, no tienen todos sus defectos naturales, y se les corrige por sus cuidados y trabajos? Así pues, desecha estos pensamientos. Las sospechas son reglas encorvadas, que hacen tortuosas las cosas más rectas: son mentiras que no pueden ménos de producir grandes perjuicios.

Llegó Juán á una dichosa senectud, y teniendo necesidad de que otros le prestasen sus auxilios, ya por su avanzada edad, ya por sus achaques, cayó enfermo el que le asistía, y vino á sustituirle san Doroteo. El relato de éste nos ma-

nifiesta toda la dulzura de carácter de este respetable anciano y su celo por san Doroteo, al mismo tiempo que el respeto y amor con que le servía este fiel discípulo, y con que recibía sus instrucciones. « El que asistía, dice, al abad « Juan cayó enfermo, y mi abad me mandó que fuese á « á sustituirlo. Yo veneraba la puerta de su celda, cual si « fuese una cruz preciosa. ¡ Con cuanto celo y religión le « prestaba mis servicios ! ¿ quién no se creerá dichoso con « asistir á un varón tan santo ? Siempre tenía para mí « alguna palabra de consuelo, y todos los días, despues que « concluía de asistirle, me postraba de rodillas ante él para « pedirle su bendición, y me retiraba despues de darme « alguna instrucción ».

« Este santo anciano tenía siempre en su boca cuatro « diferentes sentencias, y todas las tardes me repetía alguna « ántes de separarme de él. Empezaba ordinariamente por « ésta. El anciano os dice, hermano mio (pues siempre se « servía de esta expresión), que Dios os conserve en su « caridad. Despues añadía : Dicen los santos Padres, que « el cuidado que se tiene de no escandilizar al prójimo, « produce la humildad. Otras veces me decía : Nos enseñan « los santos Padres, que nunca debe preferirse la propia « voluntad á la de un hermano. En otra ocasión me decía : « Nos enseñan los santos Padres, que nos desprendamos « de todas las afecciones humanas, si queremos salvarnos : « *Llebad los unos las cargas de los otros*, y de esta manera « cumplireis la ley de Jesucristo ¹ ».

« Era tan puntual en esta práctica, añade san Doroteo, « que nunca me separaba de él, sin que me repitiese algu- « nas de estas máximas, cual si me diese provisiones para « un largo viaje. Desde entónces las he conservado como « una especie de salvaguardia y de defensa para toda mi « vida. »

¹ Gal. vi, 2.

Esto nos manifiesta la clase de instrucciones que aquellos ancianos daban á sus discípulos, y el respeto con que estos las recibían, y las ponían en práctica. Debemos también hacer notar que los antiguos no enseñaban sino lo que habían aprendido de sus maestros, cuya autoridad citaban ordinariamente, como muy pronto veremos que hacia san Teodosio hablando á sus discípulos, el cual les repetía constantemente lo que decían y hacían los antiguos. De esta manera los religiosos de aquel tiempo transmitían las sentencias de los que les habían precedido, y de esta tradición es de donde han llegado hasta nosotros las encantadoras máximas que se encuentran en la *Colección de sentencias de los santos Padres*.

Entre las instrucciones de san Doroteo se encuentran algunas cuestiones que propuso á san Barsanuvo y al abad Juan, juntamente con sus respuestas. Haremos aquí un resumen de su doctrina espiritual, porque contiene avisos muy útiles y edificantes.

Pregunta. — ¿ Como puede dominarse la lengua ?

Respuesta. — Por la tristeza de la penitencia.

P. — ¿ Como puede conservarse esta tristeza en medio de los negocios que me obligan á vivir entre los hombres ?
¿ Puede hallarse esta tristeza sin lágrimas ?

R. — La tristeza no procede de las lágrimas, pero las produce. El que destruye su voluntad propia, y no se fija en las faltas de los demás, por más que viva entre los hombres, conseguirá esta tristeza : pues estando recogido en sí mismo, sus buenos pensamientos producirán la tristeza que agrada á Dios, y que produce santas lágrimas.

P. — ¿ Como es que la paciencia en las humillaciones nos alcanza la paz del alma ?

R. — Un deudor, en cualquiera parte en que se halle, se encuentra expuesto á que sus acreedores le llenen de confusión, hasta que les pague ; pero cuando les ha satisfecho,

se puede presentar con entera libertad. De la misma manera, si procuramos satisfacer á la justicia divina, sufriendo con paciencia las injurias, los desprecios y las humillaciones, alcanzaremos la remisión de los pecados, y con ella la paz del corazón. Para animarnos á ello, levantemos nuestros ojos á Jesús crucificado; consideremos las ignominias, las injurias y los oprobios que sufrió, y que, despues de esto, quiso ser enclavado en la cruz por nuestro amor. Luego nadie puede gozar de la perfecta paz que espera, ni elevarse á la perfección que proporciona santa tranquilidad, si no sufre con Jesucristo.

P. — ¿ Cual es el camino que conduce más seguramente á la salvación? ¿ es el de los trabajos, ó el de la humildad?

R. — No hay verdadero trabajo, es decir, que sea útil, sín la humildad: pues el trabajo, por sí mismo, de poco sirve. Por esta razón la sagrada Escritura los une: *Mira, Señor, mi humillación y mi trabajo, y perdóname todos mis pecados*¹. Al que á sí mismo se humilla y anonada, este anomadamiento le sirve de trabajo, y puede decirse que tiene el uno y la otra. Todo el que quiera, por lo tanto, alcanzar una humildad perfecta, procure no aficionarse á ninguna cosa del mundo. En esto consiste la verdadera humildad.

P. — Decidme, Padre mio, alguna cosa acerca del olvido de Dios, del afecto que profesamos á algunas personas, y de la vigilancia sobre los ojos.

R. — El que recibe el fuego que Jesucristo ha venido á traer á la tierra, no cae en el olvido de Dios, ni en el afecto de las criaturas, porque siente la actividad y la fuerza de este fuego. Si quieres, pues, librarte de la servidumbre de las cosas de la tierra, procura atraer á tu alma este divino

¹ Ps. xxiv.

fuego, porque su calor hará que se disipen todas estas afeciones. Ahora bién, para alcanzar este divino fuego, es preciso no desear más que á Dios. No se puede desear ningún bién, sin que su posesión no cueste trabajo. Arregla, pues, tus ojos de tal manera, que á ninguna persona miren, y no llenarán tu corazón de una licencia peligrosa, que haga inútiles los trabajos de un solitario.

P. — ¿ Es necesaria la humildad exterior? ¿ No basta la interior? ¿ Para que se necesitan los desprecios, las injurias y los ejercicios bajos y triviales?

R. — Hay dos clases de desprecio de sí mismo: el uno procede de nuestro corazón, y el otro de parte de los hombres. El primero nos causa mayor amargura, por que el corazón sufre mucho en los desprecios que otros nos hacen; por lo cual es muy útil la humillación que de ellos nos resulta. Podemos dedicarnos á obras bajas, á hablar humildemente de nosotros por vana gloria, la cual, léjos de ser útil, es muy perjudicial al alma. Pero aceptar, porejemplo, un precepto que nos humilla, y ejecutarlo con perfecta sumisión es lo que nos hace adelantar en la virtud. La humildad propiamente dicha es un sentimiento por el cual no hacemos caso de nosotros mismos, y que nos mueve á prescindir en todo de nuestra propia voluntad, á ponernos á los pies de todo el mundo, y á sufrir sin inquietud ni turbación todas las molestias que nos proporcionen los hombres. No es preciso hablar humildemente de sí mismo; basta con decir: perdonadme y orad por mí¹.

P. — Si se me impone un mandamiento que exceda mis fuerzas, ¿ deberé pedir que se me dispense para no exponerme á este trabajo?

¹ Esta práctica estaba muy recomendada entre los Padres del desierto, los cuales exhortaban á sus discípulos á que respondiesen de este modo á las acusaciones verdaderas ó falsas, y á las correcciones que se les hacian.

R. — Obedece en todo á tu superior, porque él, y no tú, será el que dará cuenta á Dios de tus acciones. Si su mandato te pareciese muy difícil, házselo presente, y te ordenará lo que has de hacer. Si son tus hermanos, y no el abad, los que te imponen el precepto, que consideras perjudicial á tu salud ó superior á tus fuerzas, consúltalo con el abad, y haz lo que te diga. Todo lo que procede de esta fuente de la obediencia tiene que ser necesariamente útil, y no puede causar turbación ni tristeza.

P. — Si alguno desea que yo pida por él, ¿deberé levantar mis manos al cielo y hacer lo que me pide?

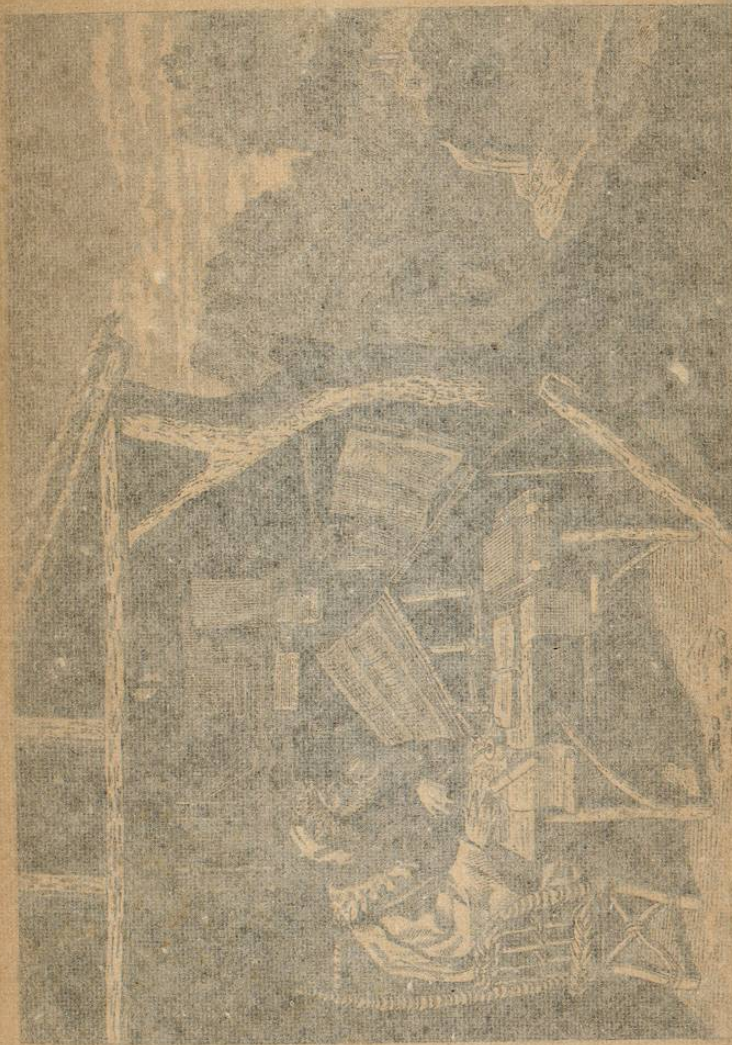
R. — Sí, cuando venga alguna vez un hermano á pedirte que ofrezcas á Dios tus oraciones, escústate tres veces, suplicándole que te dispense; pero á la cuarta vez hazlo con humildad; pero si tú pides á alguno esta gracia, y se excusa, no lo importunes más.

P. — ¿Es preciso conceder algún alivio al cuerpo, cuando no se halla muy enfermo, ó cuando no se quieren tomar viandas ordinarias, por temor de que hagan daño?

R. — El demonio hace creer algunas veces á aquellos á quienes hace guerra por medio de las pasiones, que se hallan enfermos, con el fin de que se permitan algún alivio. Esto no deja de ser un artificio de ese mortal enemigo, pues cuando alguno está realmente enfermo, se apacigua y nos deja en calma el ardor de las pasiones. Pero si la causa de la enfermedad es evidente, ó por haber pasado grandes fatigas ó por cualquiera otro accidente, entónces es necesario dar algún alivio al cuerpo, pero guardando siempre la moderación y las reglas que convienen á nuestra profesión.

En cuanto á aquellos á quienes repugnan algunos alimentos, es preciso que se hagan violencia. Pero si absolu-

¹ Los antiguos solitarios oraban ordinariamente levantando sus manos al cielo.



Saint Desobedience

R. — Obedece en todo á tu superior, porque él, y no tú, será el que dará cuenta á Dios de tus acciones. Si su mandato te pareciese muy duro, hazlo presente, y te ordenará lo que has de hacer. Si son las hermanas, y no el abad, los que te imponen el precepto, que consideras perjudicial á tu salud, superior á tus fuerzas, consúltalo con el abad, y haz lo que te diga. Todo lo que procede de esta fuente de la obediencia tiene que ser necesariamente útil, y no puede causar turbación ni tristeza.

P. — Si alguno desea que yo pida por él, ¿deberé levantar mis manos al cielo, y hacer lo que me pide?

R. — Si, cuando venga alguna vez un hermano á pedirte que ofrezcas á Dios tus oraciones, excusate tres veces, suplicándole que te dispense; pero á la cuarta vez hazlo con humildad; pero si te viera alguno en esta oración, y se excusara, hazlo igualmente.

P. — ¿Es preciso que se ayuné algún tiempo el cuerpo, cuando un enfermo está débil, ó cuando no se quieren tomar algunos alimentos, que temer de que hagan daño?

R. — El ayuno no hace otros signos, veos á aquellos que están en guerra por causa de las pasiones, que se hallan enfermos, con el fin de que se permitan algún alivio. Esto no deja de ser un artificio de ese mortal enemigo, que cuando alguno está remuente enfermo, se apacigua y nos deja en calma el ardor de las pasiones. Pero si la causa de la enfermedad es evidente, ó por haber pasado grandes fatigas ó por cualquiera otro accidente, entónces es necesario dar algún alivio al cuerpo, pero guardando siempre la moderación y las reglas que convienen á nuestra profesión.

En cuanto á aquellos á quienes repugnan algunos alimentos, es preciso que se haga violencia. Pero si absolu-

Los antiguos señalaban á los enfermos levantando sus manos al cielo.

Tome 4.



Gravé par

Saint Dorothee.

San Dorotheo.

Paris.

tamente pueden traspasarlos, debe guardárseles alguna consideración, pues esta misma repugnancia es una especie de enfermedad.

P. — Cuando he concluido de comer ántes que los demás hermanos, ¿debo retirarme á esperar á que todos se levanten, ó será mejor ir calculando que la cantidad de pan que se me dé vaya durando todo el tiempo de la comida?

R. — Conveniente es en este caso permanecer en la mesa, hasta que todos los hermanos se levanten: pero mejor aun es comer con alguna pausa para concluir al mismo tiempo que los demás.

P. — Cuando estoy en compañía de otros temo tanto que me desprecien, que hasta me olvido de mí mismo; sin embargo, tengo pena de dejarlos, ¿Qué debo hacer?

R. — Sí no tienes ninguna ocupación más perentoria, y tu presencia les sirve de edificación, permanece con ellos todo el tiempo que dure la conversación. Pero si se habla de cosas inútiles, no temas decir que te hallas delicado, y tienes que retirarte, y disipa este temor recordando la confusión eterna que sufrirán los pecadores en el día del juicio.

SAN DOROTEO

Cuando no tuviésemos otro testimonio en favor de san Doroteo que el de san Teodoro Estudita, seria muy suficiente para considerarlo como uno de los más distinguidos personajes que el estado monástico ha dado á la Iglesia para edificar á los fieles con sus virtudes y su doctrina.